

**Yo ya no le reniego a Dios,  
solo le pido que me la tenga en su gloria**

Betty sirvió de comer a los perros que, como cada mañana a las siete, se quedaban viéndola como diciendo “es hora del desayuno”. Ese día la casa estaba vacía, la familia no había venido a pasar la noche, ya cumplían varios días por fuera. Aquella casa de ladrillos con grandes ventanales, rodeada de jardines, de silencio, era un descanso del todo el ajetreo de la ciudad.

Betty era una mujer mayor, hacía ya un par de años que había superado los setenta, las arrugas en sus ojos la hacían aparecer un poco más de años, su ceño solía estar fruncido, pero más como un mal hábito que como reflejo de su humor. Las dos puntas de sus labios inclinadas hacia abajo insinuaban una cierta tristeza

latente, una pena que habitaba en su mirada de esas que se cargan toda la vida.

Llevaba unos cinco años trabajando con los Bahamón. “Empleada doméstica interna”, esa era la respuesta que daba cuando le preguntaban a qué se dedicaba. Nunca dejaba que nadie desprestigiara su trabajo. “En estos tiempos la vida hay que ganársela y con mucho orgullo eso es lo que hago, ganármela dignamente”, le decía a cualquiera que se refiera a su trabajo en malos términos.

Betty hace más de veinte años había adquirido el hábito de anotar sus reflexiones, cargaba en el bolsillo de su uniforme una libreta, su hija solía hacerlo, tras su muerte comenzó a hacerlo ella. Mientras esperaba que los perros comieran para sacarlos a pasear, aprovechaba y le contaba a su hija cómo había iniciado el día. Justo después de almorzar también se sentaba

a escribir y antes de acostarse, esos eran sus tres momentos sagrados. Pero en cuanto tenía oportunidad, hacía unas cuantas anotaciones.

Mamita, ayer le diagnosticaron a la niña Isabelita cáncer. Resulta que esa tos que tenía, que yo intentaba que le parara, cubriendole la espalda con una manta cuando se quedaba estudiando en la terraza hasta tarde, que pa que no se ventilara, no era solo eso, mamita, tiene cáncer, igual que...

Escuchó el sonido de la chapa de la puerta y vio que los perros corrían hacia la entrada. Era el Don que traía la tristeza puesta. “Buenos días Betty, ¿cómo amanece?”, le preguntó y se sentó a acariciar a los perros. “Buenos días, mi Don. ¿Cómo sigue la niña?” Soltó un suspiro, antes de que contestara sonó el timbre, Betty fue abrir, el hermano del Don la saludó con un gesto y se acercó a su hermano que ni siquiera se levantó.

Betty regresó a la cocina, ella había vivido una escena similar.

Mamita, ya vino el Don, se ve la tristeza en la cara y se le huele el miedo, yo sé a qué huele, usted y yo sabemos lo que es luchar con el tiempo, cuando todo lo que se puede hacer es esperar... ¿Sabe qué me da tranquilidad, mamita? El hermano le dijo que no se preocupara, que SURA le cubre todo, que incluso de la empresa donde trabaja le dijeron que no se preocupara, que si algo no se lo cubre, la empresa responde. Bendito sea, que no les toquen esas filas que su hermano y yo hacíamos, que vaya pa aquí y luego pa allá, esperar que nos aprobaran las medicinas, las citas. Pero mamita, siempre que fuera por usted, por ese tratamiento ahí estábamos, en la lucha.

Ese mismo día, antes de irse a dormir, una vez acabó de arreglar la habitación de la niña, de

acomodar todas las fotos que decoraban su escritorio, se dirigió a su cuarto, donde guardaba una foto de su hija, una de las últimas que se tomó antes de iniciar el tratamiento.

La quimio es un monstruo feroz que intenta vencer a una bestia salvaje. Usted sabe muy bien lo difícil que es ganar en medio de esa batalla, mamita. Y todo sucedía dentro de ese cuerpito, porque la quimio se va llevando todo, los kilos, el pelo, las ganas. Mamita, quiero que sepa que la recuerdo por su fortaleza.

En cuanto se le pudo hacer la cirugía para introducir el catéter, las quimioterapias comenzaron. No habrían pasado más de dos días, y poco a poco eso se fue volviendo cotidiano, sin ningún imprevisto que impidiera que el tratamiento se realizara. Mientras tanto, Betty se acostumbraba a la nueva rutina de la

casa, donde ahora parecía que solo vivían ella y los perros.

Ayer el Don me comentó sobre el tratamiento. A la niña Isabelita la van a dejar internada en cada ciclo de quimioterapias, que por las defensas débiles y todo eso que nos decían cuando nos íbamos pa la casa, que nos acordáramos del tapabocas, que cuidado con lo que iba comer, que ojo con muchas visitas, un montón de recomendaciones como pa encerrarla en una burbujita y que no le entrara ningún mal, por las defensas, yo me acuerdo.

Betty veía a la niña un par de días al mes, cuando le deban salida, pero se mantenía al tanto en cuanto podía. Pedía que se la pasaran, para preguntarle cómo se sentía, entonces Isabel le contaba que las enfermeras entraban cada hora para tomarle los signos vitales, cada seis horas le hacían nebulizaciones y una vez al

día iba la fisioterapeuta para que se moviera. También aprovechaba y le daba las quejas, que ya no quería más pinchazos, que extrañaba mucho a los perros y comer algo diferente que no supiera a hospital.

La Doñita me pidió que le preparara algo rico a la niña, que ya está cansada de la comida del hospital, que sabe feo, que la de los restaurantes de ahí dentro tampoco le gusta. ¿Y quién la culpa? Si después de la quimio casi ni dan ganas de comer. Yo me acuerdé de usted, mamita, y dije le voy a preparar el plato favorito, el más rico. Le preparé una carne salteada con quinua y esas cosas que a la niña le gustan. Mientras lo preparaba pensaba en cuando usted me pedía que le hiciera empanaditas, ese era nuestro secreto, porque donde se enterara el doctor. Pa que no se quedara solita, se sentaba en la cocina conmigo, a veces me ayudaba y otras solo me veía, por esas nauseas. “Yo hago

la masa”, me decía, y entonces yo me ponía a cocinar el guiso de carne y entre las dos las armábamos. Ellos también les hacen trampa a los doctores porque no deberían entrar comida. Pero, así como nosotros la hacíamos, también nos la hacían con esos servicios, de traba en traba, y aun así, íbamos avanzando.

Algunas veces Betty iba a la clínica a acompañar a Isabella, le pedían que se quedara con ella un par de horas, para que no estuviera sola. Ella se quedaba viéndola, después miraba por la ventana o se ponía a organizar, evitaba que se le salieran las lágrimas. Solo cuando la niña se quedaba dormida dejaba que se le escaparan mientras escribía en la libreta.

Mamita, ¿sabe que me encantaba mirarla? Hoy me estuve acordando del día en que la raparon, cuando se paró frente al espejo, primero no se quería ver, veía solo el lavamanos

y yo vi cómo se le caían las lágrimas de esos ojitos miel. Cuando se miró, sonrió nerviosa, se sobó la cabeza y me dijo “yo creía que tenía la cabeza llena de chichones, pero parece que no” y se la sobaba. Me encantaba mirarla, me quedaba viéndole la calvita reluciente, a veces se ponía una valaca o un moño. Me quedaba viéndole la cicatriz del mentón, del perro que me la mordió. Isabelita me acuerda de sus ojitos, parecían desprotegidos, sin pestañas, se le veían los ojitos cansados, cansada de luchar.

Ay, mamita,...le voy a contar un secreto, su hermano se soba el mentón mientras le hablan de usted, mamita. Al principio creía que era coincidencia, pero me he dado cuenta de que no, se lo soba como acariciándole el alma, mamita.

Después de seis largos meses de incertidumbre, el tratamiento culminaba en los tiempos previstos. Los médicos seguían el plan

para que la enfermedad no les tomara ventaja, solían decir.

Bendito sea, mamita, ayer la niña Isabelita terminó las quimios, faltan unos exámenes que pa no correr riesgos. Esos doctores de la niña son una maravilla porque le mandan todo facilito, si tienen que venir a la casa vienen. Bendito sea y que todo le salgan bien.

El siguiente lunes, de regreso al trabajo al subirse al MIO, se encontró un grafiti en el vidrio del bus “El HUV se derrumba y la ciudad está de rumba”, decía. Aquel era el tema del momento, estaba constantemente en las noticias, en las redes. Ella, que conocía ese hospital, avanzaba, sin ninguna queja, entre los marchantes para llegar a la casa.

Mamita, hoy le agradezco a Dios, la niña ya no tiene nada. Le agradezco, porque yo no le deseo a nadie que tenga que salir a poner ese

letrero en la puerta, qué cosa más fea. Yo no me imagino su hermano de dónde sacó las fuerzas, eso de poner los datos del sepelio y todas esas cosas, porque eso sí que fue bien duro. Y le agradezco a los vecinos que nos ayudaron tanto pa poder velarla y enterrarla como Dios manda. ¿Quién diría que morirse es tan caro?

La noche antes de que a Isabela le dieran el alta definitiva, el Don y su hermano se reunieron. Mientras Betty les servía la cena, ellos rezongaban por la obstaculización en la vía. “Nos hacen perder el tiempo como si no valiera”, discutían. “Tanta revuelta por un solo hospital, como si la salud no fuera un derecho”.

Mamita, ojalá le hubiéramos ganado al tiempo. Yo ya no le reniego a Dios, solo le pido que me la tenga en su gloria.